

El espíritu olímpico

María Peláez, nadadora olímpica

DESDE dentro del mundo del deporte ciertas cosas se ven de modo diverso. Para la gente de a pie muchos de nosotros somos héroes que hacen soñar y disfrutar. Que su ídolo o su equipo gane hace feliz a mucha gente que tal vez no conoce ni llegará a conocer a este deportista. Niños y mayores sueñan con estas victorias y, tal vez, con llegar a conocer a estos 'héroes'. En cambio, para mí la perspectiva es diferente; para mí los héroes son aquellos que se levantan cada día para seguir adelante, aquellos anónimos que son felices con un poquito de cualquier cosa que les llegue; quienes, sencillamente, agradecen salir 'victoriosos' de un día de trabajo.

Hace ya 12 o 13 años que estoy en la élite del deporte, he disputado tres Juegos Olímpicos y hasta ayer tuve en mi mano conseguir mi cuarta participación. No pudo ser, pero lo intenté. Tres Juegos Olímpicos es mucho, son 12 años; en los primeros era una niña, ahora estoy en plena madurez deportiva. Una de las preguntas típicas, especialmente en año olímpico, es ¿qué es el espíritu olímpico? El famoso, el dichoso espíritu olímpico. También yo he tratado de explicarlo y comprenderlo muchas veces; no fui capaz de encontrar nada concreto que lo definiera hasta hace un par de semanas; entonces me di cuenta de que el espíritu olímpico lo conozco personalmente desde hace años. Es de Benalmádena, juega al bádminton y se llama José Antonio Crespo. Este año representará a España en unos Juegos Olímpicos. Quien la sigue la consigue, dicen, pero no siempre es cierto este dicho; en este caso, afortunadamente sí. El espíritu olímpico es la ilusión, constancia, sacrificio y alegría que Crespo -como le llamamos sus amigos- ha puesto los últimos 10 años para cumplir su sueño deportivo, que, como el de tantos deportistas, es participar en unos Juegos Olímpicos. Me incluyo en el grupo, a pesar de los tres Juegos disputados.

Crespo llegó hace diez años a Madrid, al Centro de Alto Rendimiento Blume. Su objetivo era llegar algún día a disputar unos Juegos Olímpicos; este verano podrá por fin realizarlo. Su afán de superación, su ilusión, sus ganas de cumplir un sueño se verán premiados en Atenas. Créanme, no es tan fácil mantener encendida la ilusión durante tanto tiempo -han pasado otros dos Juegos Olímpicos desde que llegó a Madrid-. No rendirse es complicado si no tienes muy claro el objetivo. Eso es el espíritu olímpico que, fuera del mundo del deporte, lo representa el salir adelante de aquellos que no tienen la suerte de destacar en algo que les gusta, como ocurre con el deportista de élite. El amigo Crespo se ha subido al carro de los sueños realizados. Sólo él, su familia y su novia saben cuánto ha pasado hasta llegar a clasificarse para Atenas. Bueno, y todos aquellos deportistas que luchan cada día en un gimnasio, una piscina, una cancha, una pista para alcanzar alguna meta.

Sé que Crespo no se conforma ahora con ir a Atenas a participar, su ambición irá más allá y disfrutará como nadie del primer al último partido, porque una vez allí luchará por la siguiente ronda, por cuartos, 'semis' quién sabe si veremos a José Antonio Crespo y Sergi Llopis disputando la final de dobles masculinos en Atenas. Me habría encantado que la ilusión que también he puesto yo en mis años de carrera deportiva me hubieran llevado a Atenas para disfrutar del brillo que tiene la mirada de Crespo desde que le dijeron que ya estaba clasificado, y para haber podido luchar, como hará él, por dar el máximo en la competición más prestigiosa del mundo: unión de culturas, deportes, ilusiones, sueños, esfuerzos y objetivos.

Gracias Crespo por enseñarnos cómo se cumple un sueño.